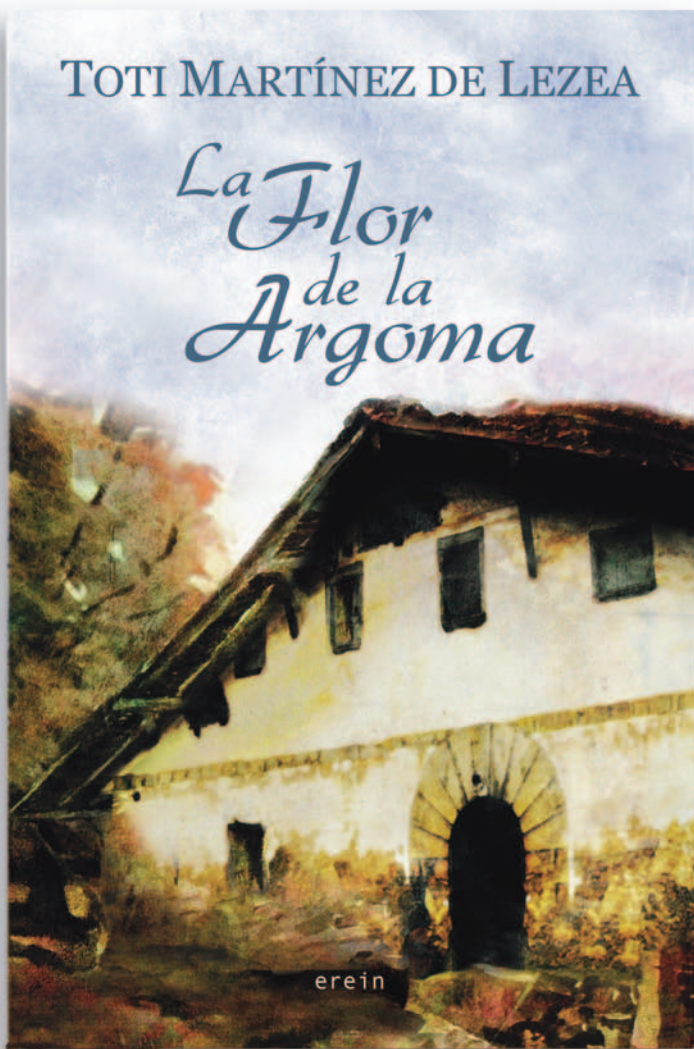


TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

*La Flor  
de la  
Argoma*



erein

*La Flor de la Argoma Toti Martínez de Lezea*

editorial erein

# LA FLOR DE LA ARGOMA

---



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diseño de interior:  
Iturri

Maquetación:  
Erein

Ilustración y diseño de cubierta:  
Aritz Albaizar

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2008

ISBN: 978-84-9746-475-8

D. L.: BI-3341/08

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.com](mailto:erein@erein.com)

[www.erein.com](http://www.erein.com)

Imprime: Grafman S. A.

Pol. Industrial El Campillo. P A2

T 94 636 91 41 F 94 636 93 33

48500 Gallarta (Bizkaia)

# LA FLOR DE LA ARGOMA

---

*Toti Martínez de Lezea*

*a Asier Muniategi*

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

*Con mi cariño y agradecimiento a  
Jerardo e Irantzu Elortza por su valioso tiempo  
y a Pernando Mendiguren y Xabier Guridi por su apoyo.*

*La Flor de la Argoma Jotí Martínez de Lezea*

editorial erein

El alma que hablar puede con los ojos,  
también puede besar con la mirada.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER  
(1836-1870)

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

# Araotz

**E**l mismo día de la festividad de San Silvestre, exactamente un año después del nacimiento de Bittor, nació su hermano Eladio. Tras veinte de matrimonio y de acudir uno tras otro a bañar sus partes bajas en el pilón de agua de la ermita de San Elías, en la cueva llamada de Sandaili por las gentes de la zona, lugar de peregrinación de mujeres estériles mucho antes de ser cristianizado, Martina, la *etxeakoandre* del caserío “Urondoa”, vio finalmente cumplido su sueño de ser madre. Por falta de leche del seno materno, ambos hermanos fueron amamantados a la vez por una moza de Ozaeta, recia pero algo lerda, que había sido preñada por un vecino y a quien, tras el parto, los padres enviaron a servir a Araotz, poniendo de por medio la sierra de Elgea, llamada montes de Araba por los habitantes de ambas vertientes. Los niños también fueron destetados casi al tiempo, con sólo unos meses de diferencia. Dos hermanos más llegaron después de ellos, Agustín y Tomás, y la madre dio gracias a la

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein



Virgen de Arantzazu por dejarla seca tras el cuarto pues, cercana a la cincuentena, no se veía ya con ánimos de seguir pariendo y había acudido a la Virgen para contrarrestar los buenos oficios del santo de la cueva.

Eladio creció más deprisa que Bittor y ambos tenían la misma altura, de forma que habrían sido tomados por gemelos si el mayor no hubiese heredado los ojos claros del padre y el otro, la mirada oscura e inquieta de la madre. Ambos se disputaban el mando, e incluso llegaban a las manos, cuando los cuatro hermanos acudían a bañarse o a pescar a la cañada de Jaturabe, en la espesura del desfiladero, allí donde las aguas brotaban entre rocas resbaladizas por el musgo y la luz del sol apenas atravesaba la enramada, o cuando ascendían por las estribaciones de la sierra en busca de huevos de ave, o se adentraban en la cueva de Arrikruz a la búsqueda de las bolsas llenas de monedas de oro y plata que, según se rumoreaba, habían ocultado allí los carlistas. Eran correrías peligrosas y ningún otro chaval del barrio osaba acompañarlos, ellos lo preferían así. Crecían salvajes y libres de ataduras al amparo de unos padres demasiado viejos para imponer disciplina y, a la vez, orgullosos de sus proezas y de verlos crecer sanos y fuertes.

Un mal día, sin embargo, todo cambió. La calentura se llevó al otro mundo a los dueños de “Urondoa”, dejando huérfanos a sus cuatro hijos. No habiendo parientes por ninguna de las dos ramas familiares, el párroco del barrio se hizo cargo de los muchachos y decidió llevarlos a Loiola, al no poder dejarlos en el convento de los franciscanos de Arantzazu por haber sido éste pasto de las llamas durante la guerra de los siete años. Los jesuitas tenían allí una casa de

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

formación para jóvenes, aunque sin demasiados internos puesto que habían trasladado el noviciado a Mallorca. La Compañía había sido suprimida por orden gubernativa y sus miembros dispersados en varias ocasiones. Todavía estaban muy vivas en la memoria las furias populares que al finalizar la carlistada se habían cebado sobre los eclesiásticos, matando e hiriendo a unos cuantos en Madrid y en otras localidades. Habían vuelto a organizarse quince años atrás, pero nadie estaba muy seguro de lo que podría ocurrir en cualquier momento, pues los asuntos de la política andaban revueltos. Don Pedro tenía una estrecha relación con el ecónomo del centro y logró que se admitiera a los cuatro hermanos a cambio de una discreta aportación en metálico que abonó con la intención de recuperarla en breve mediante la venta de parte del ganado de “Urondoa”. Su idea era que el mayor aprendiese algo de letras y números para que, llegado el momento, se hiciera cargo del caserío y de las tierras, mientras, y hasta su mayoría de edad, él mismo se ocuparía de velar por su herencia. A los otros tres decidió destinarlos a la Iglesia. Los muchachos hicieron a pie el trayecto de Araotz a Azpeitia y el cura a lomos de un borrico, deteniéndose en la casa cural de Zumarraga a pasar la noche y llegando a Loiola al atardecer del siguiente día.

Durante cinco años, los hermanos Urrondo vivieron entre los muros de la casa de formación, sin salidas ni vacaciones, pues don Pedro aducía tener demasiadas ocupaciones para atenderlos, incluso durante algunos días, añadiendo a quienes se interesaban por ellos que, de todas formas, en ningún otro lugar estarían mejor que con los religiosos. Así como Agustín y Tomás se amoldaron con relativa facilidad

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

a su nueva vida, quizá por ser más jóvenes, no ocurrió igual con los dos mayores. Bittor y Eladio no aceptaron en ningún momento la situación. Las riñas, castigos y bofetones no lograban amansarlos y era preciso tener el ojo siempre puesto en ellos para evitar que escaparan, como ya había ocurrido a poco de su llegada. Fueron encontrados por un pastor dos días después de la huida, hambrientos y muertos de frío, en una majada de la subida al Erlo. El coadjutor encargado de los internos los amenazaba un día sí y otro también con echarlos de la casa de formación e iba a quejarse al director, pero la cuestión se había convertido en un pulso entre éste y los Urrondo. Los dos rebeldes hacían lo posible por ser expulsados, pero el eclesiástico estaba decidido a domarlos costase lo que costase y se limitaba a encerrarlos en una habitación a pan y agua durante varios días hasta que se apaciguaban, si bien la calma duraba poco y pronto volvían a las andadas. Los jesuitas, no obstante, lograron que aprendieran, no sin dificultad, a leer y a escribir, algo de números y poco más. No consiguieron, sin embargo, que hicieran amigos entre sus compañeros porque rehuían su compañía y permanecían solos durante los recreos y momentos de asueto, apoyados en el murete que rodeaba el lugar, con la mirada fija en un punto del horizonte donde imaginaban su hogar, contando los días, meses, años que les faltaban para regresar a él.

Unas semanas antes de que Bittor cumpliera los dieciocho, el gobierno liberal decretó la suspensión de la Compañía de Jesús y, una vez más, la tercera en lo que llevaban de siglo, los jesuitas empacaron sus pertenencias y abandonaron sus casas. Algunos se dirigieron a Mallorca con la intención de viajar a Italia; otros, simplemente pasaron la frontera, ya

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

que Francia estaba a menos distancia y no eran perseguidos allí por el momento, pero la mayoría se desperdigó por el territorio, ejerciendo de sacerdotes o capellanes en hospitales, hospicios y conventos de monjas. Quienes no tenían dónde ejercer o eran demasiado viejos para aventuras, regresaron a sus hogares. Algunos estudiantes fueron invitados a acompañar a los expatriados, pero Bittor y Eladio Urrondo decidieron regresar de inmediato a Araotz y exigieron que sus hermanos menores los acompañaran. El director de la casa de formación intentó impedirlo, más que nada porque él ya había hecho planes para ellos puesto que, tras la penuria derivada por la guerra, los padres se negaban a entregar a sus hijos a la Iglesia al necesitarse brazos para sacar los caseríos adelante. Por otra parte, la situación política del país, las malas cosechas y la pobreza en general obligaban a muchos de los segundones, que nutrían monasterios y conventos, a optar por embarcarse hacia las Américas en busca de un futuro mejor. De carácter afable, muy diferente al de sus hermanos, ambos jóvenes estaban sanos, eran fuertes y serían buenos misioneros. A la espera de tiempos mejores, él mismo los acogería y continuaría con la enseñanza en Hernani, en su casa familiar, pero Bittor no quiso oír hablar del asunto y el jesuita tampoco se atrevió a hacerle frente. Al encolerizarse, su mirada se volvía casi translúcida, presagio de una reacción violenta que era mejor evitar. El sacerdote lo creía muy capaz de prender fuego a la casa de formación, iglesia incluida, si se negaba a su demanda. Agustín y Tomás intentaron resistirse puesto que preferían permanecer en compañía de su maestro, pero agacharon la cabeza cuando sus miradas se cruzaron con la del hermano mayor y lo siguieron sumisos.

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

Dos días más tarde se hallaban delante de “Urondoa” tras haber caminado sin descanso, siempre hacia el sur, deteniéndose para dormir unas horas al abrigo de las rocas o colándose como ladrones en algún pajar, y no haber comido durante el trayecto otra cosa que algunas peras y manzanas. La puerta estaba cerrada, pero Eladio recordó que la madre solía guardar una llave bajo un piedra medio oculta por una sobresaliente raíz del haya familiar y, en efecto, allí seguía, roñosa por la humedad y el tiempo, pero todavía utilizable. Los habitantes del valle supieron que el caserío volvía a ser habitado al ver una columna de humo ascendiendo por entre los árboles de la parte del río y alguno avisó al párroco de San Miguel. Don Pedro se personó en el viejo caserón, acompañado por el vecino que le había dado la noticia y ambos hallaron a los hermanos quitando las telarañas y el polvo acumulado durante los años en que la casa había permanecido cerrada. Los cuatro ignoraron su presencia y continuaron con su tarea hasta que el clérigo les ordenó detenerse. Los mayores lo hicieron colocándose uno junto al otro y sin abandonar las escobas de rama que mantenían fuertemente asidas, dando la impresión de ir a utilizarlas en cualquier momento contra los visitantes; los menores se limitaron a situarse detrás de ellos.

—¿Y vosotros quiénes sois? —inquirió el párroco.

—Los dueños de la casa —respondió Bittor con sequedad.

Don Pedro parpadeó varias veces y miró desconcertado a su acompañante, tan sorprendido como él. Los dos recordaban a los mayores de “Urondoa” como a unos chiquillos rudos, casi salvajes, nada que ver con los dos mozos de anchas

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

espaldas que tenían delante. De pequeños, eran casi idénticos, pero el tiempo había marcado las diferencias y ya no eran tan similares, aunque no había duda de que eran hermanos y de que los dos guardaban un parecido asombroso con su padre, Juan Urrondo, apodado “Txangoa”, el cojo.

—¿Y cómo así que estáis aquí? ¿Cómo habéis llegado?

—Andando.

—¿Os habéis escapado de donde los jesuitas?

—No.

El párroco trataba de pensar. Todos los años, por la Pascua de Resurrección, enviaba a la casa de formación el dinero para la manutención de sus pupilos y su amigo, el ecónomo, respondía acusando recibo e informándole acerca de los chavales. No obstante, no recordaba que en su última carta hubiese mencionado nada sobre que fueran a abandonar la casa de formación, a pesar de que a finales de año Bittor ya tendría dieciocho y él se vería obligado a entregarle la propiedad que había explotado en su propio beneficio. No había bajado a Oñati en las últimas semanas e ignoraba la nueva orden de expulsión de los jesuitas emitida por el gobierno.

—Tendríais que haber venido a hablar conmigo antes de entrar en la casa.

—¿Por qué?

—Porque hay unas leyes, porque todavía no tenéis la mayoría, porque yo soy el albacea de los bienes de vuestros padres y porque no podéis aparecer de la nada, así, sin más.

La voz de don Pedro subió de tono a medida que hablaba, su cara se puso roja y apretó los puños. No tenía por qué dar explicaciones a nadie y no permitiría que unos mozalbetes vinieran a desbaratarle su ordenada vida. El arrendamiento

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

de las tierras de los Urrondo le proporcionaba buenas rentas; además, había vendido el ganado y, antes o después, tendría que dar una explicación sobre adónde había ido a parar el dinero obtenido por la venta. No tenía intención de perder lo primero, ni justificar lo segundo.

—Escucha, cura. Sólo existe una ley: la de la sangre. Esta casa era de nuestros padres y ahora es nuestra, no tuya. No hay nada más que decir.

Bittor parecía de pronto mayor de lo que era, su voz sonaba serena y extrañamente grave, pero no dejaba lugar a dudas en cuanto a su intención de exigir lo que le pertenecía. Los dos hombres salieron presurosos del caserío sin añadir una palabra más, el sacerdote a punto de sufrir un ataque de ira. Jamás un feligrés se había atrevido a tutearlo en los años que llevaba ejerciendo.

Al día siguiente, temprano por la mañana, bajó a la Villa y acudió al despacho del abogado don Antonio Zabala a exponer la situación. El letrado lo escuchó atentamente y después dio su veredicto: no había nada que hacer, no existía ningún documento que estipulase que el párroco hubiese sido nombrado albacea de los cuatro huérfanos, ni tampoco sobre la venta del ganado ni las cantidades recibidas por él. Bittor Urrondo estaba en su derecho a reclamar la devolución del caserío, las tierras y, por supuesto, el dinero del ganado vendido sin su consentimiento, además del correspondiente al arrendamiento de los terrenos durante el último lustro. Cualquiera juez le daría la razón. El abogado se compadeció al observar cómo el clérigo se secaba el sudor de la frente y se ofreció a ejercer de mediador sin cobrar una peseta porque Juan Urrondo, *Txangoa*, había salvado la vida a su padre durante

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

la guerra de los siete años y ahora él tenía la posibilidad de devolver una deuda de familia, aunque sólo fuese para evitar que los hijos de aquél fueran a parar a la cárcel, o incluso los ejecutaran a garrote vil por matar a un cura. También él había tenido oportunidad de oír hablar acerca del fuerte carácter de los dos mayores, unos meses antes, durante una visita a Loiola para tratar sobre unas propiedades que los jesuitas poseían en Oñati. De modo que acompañó a don Pedro de vuelta al barrio y se entrevistó con ellos, les expuso la situación sin ocultarles nada y les propuso un trato: todas las tierras arrendadas les serían devueltas de inmediato, las sembradas y sus cosechas incluidas. En cuanto al dinero adeudado por el párroco, y descontado el pago por su educación, él mismo hablaría del asunto con el administrador de la diócesis y trataría de que les fuese adjudicada una cantidad anual hasta cancelar la deuda. Si bien la reforma parroquial iniciada por el gobierno contemplaba, entre otras cosas, la desaparición de los diezmos y primicias, no parecía que la diócesis de Calahorra, a la cual pertenecía la zona occidental provincia de Guipúzcoa, fuese a acatarla. A la espera de que pudieran disponer de dinero en metálico para adquirir algunos animales, él mismo les prestaría la cantidad necesaria sin intereses, recalcó. Los Urrondo aceptaron aunque, en realidad, fue Bittor quien tomó la decisión pues los cuatro sabían que él era el dueño de la propiedad con la obligación de velar por sus hermanos, tal y como quedaba estipulado en el testamento que sus padres habían otorgado poco antes de morir.

Tras dejar bien clara la situación, el abogado Zabala tomó una vereda boscosa que llevaba hasta un caserío, cuyo

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein



tejado amenazaba con derrumbarse de un momento a otro. Las casas eran como las personas, meditó. Sin cariño, sin compañía, se desmoronaban poco a poco hasta quedar convertidas en ruinas. El caserío llevaba tan sólo unos meses vacío y daba la impresión de que lo hubiese estado durante años: la hierba tenía tres o cuatro palmos de alto, el musgo se había adueñado de las bajeras y pronto cubriría los muros por entero. Un par de golondrinas salieron volando por una ventana, tan bajo, que a punto estuvieron de tirar su chistera al suelo. El invierno había sido seco y frío y, seguramente, la casa se había convertido en seguro refugio de animales, así que renunció a la idea de apearse del caballo y entrar en ella, no fuera a ser que se encontrara con una camada de jabalíes, o algo peor. Los pastores habían acudido al Consistorio a denunciar la presencia de lobos en las zonas bajas de la sierra. Echó una última mirada y tomó la decisión de enviar una partida de albañiles para reparar el tejado; a continuación, buscaría una familia que mantuviera la casa y el terreno en buen estado hasta que su ahijada decidiese qué hacer con ellos.

Antes de dejar el lugar, alzó la vista hacia un caserío situado más arriba y se llevó la mano a la chistera a modo de saludo. El hombre que lo observaba, sujetando una vara ancha de cuatro dedos entre las manos, no respondió al saludo.

**J**ulia nació un caluroso día de primeros de agosto, cuando el sol estaba en su mediodía y golpeaba por igual a personas y animales. Lo hizo, como más tarde afirmaría su abuela, para llevar la contraria a la partera, quien había asegurado que la

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

criatura nacería durante la noche. Fue la primera y única hija del matrimonio formado por Valentín Iturralde y Benita Ibáñez y su nacimiento no fue fácil. La parturienta sufrió durante horas dolores y contracciones tan fuertes que se temió por su vida y la de la criatura, enviándose recado al cura para que acudiera a darles los últimos sacramentos. El caserío “Be-koa” se llenó de vecinas deseosas de ayudar, o de colaborar en el amortajamiento en el peor de los casos, y de niños que correteaban dentro de la vivienda al abrigo del sol. Sin embargo, madre e hija salieron vivas del trance, aunque la salud de la primera se resintió, perdiendo toda esperanza de tener más criaturas, lo cual, en opinión de algunas de las presentes, no dejaba de ser una bendición. Las numerosas maternidades y el trabajo de sol a sol convertían a mujeres todavía jóvenes en ancianas prematuras, cuando no morían durante el parto o a consecuencia del mismo. Pasada la obligada cuarentena, Benita no se levantó de la cama, no podía sostenerse en pie. La suegra se encargó de cuidarla y atender la casa y a la niña a la espera de que recobrará las fuerzas, pero no las recuperó. A comienzos del otoño de aquel mismo año, al tiempo que el viento se llevaba las hojas de los árboles y los labradores iniciaban el laboreo, Benita se fue, dejando una huérfana y un marido desconcertado.

Valentín no acababa de entender lo que estaba ocurriendo, asistió a la vela, a la misa y al entierro como si se tratara de otra persona, como si acompañara a un amigo al funeral de su mujer; no escuchó los pésames de las vecinas, ni notó los apretones de manos de los vecinos, y tardó en darse cuenta de que ahora era un viudo con una hija recién nacida. Los planes para una vida organizada se habían ido al traste.

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

Tendría que buscar otra mujer que pudiera acabar lo que la otra había empezado, es decir darle más hijos para que en unos años pudieran acompañarlo en los trabajos y velaran por él en su vejez, que atendiera la casa, las comidas, las ropas, la huerta y que, sobre todo, ocupara el lugar que la difunta había dejado vacío en el lecho. Asintió sin una palabra cuando, semanas después, su madre dejó caer el nombre de Felicitiana, la única heredera de Faustino Lasa, su vecino más próximo y dueño del caserío “Goikoa”.

—No es tan guapa como la Benita, pero es fuerte y está sana. No tendrá problemas a la hora de parir y, además, aportará una buena dote. Y más que tendrá cuando herede —añadió.

Angelita era una mujer práctica y poco dada a sentimentalismos. No aprobó el casamiento de su hijo al saber que la mujer elegida no era de Araotz y que se habían conocido en la Villa, durante las fiestas patronales. Además, no aportaba dote, aunque preciso era reconocer que se abstuvo de dar su opinión, intentó ser una buena suegra y ayudó a su nuera en todo momento, pero la vida en el campo era dura, no había tiempo para sueños e ilusiones. Con Faustino llevaba años sin hablarse, pero eso era lo de menos.

Al año justo y tras guardar el luto debido a la difunta, Valentín pidió permiso a Faustino para cortejar a su hija y éste se lo concedió, pese a que un viudo con una criatura y una casa destartalada no era precisamente el yerno soñado, pero no había más a la vista y él quería un nieto varón. Su caserío era rico y no podía irse al otro mundo sin dejar heredero y sus asuntos en regla. Por otra parte, iba para viejo y necesitaba a otro hombre para realizar las tareas más duras.

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

El día en que se formalizaron las relaciones y se puso fecha a la boda, el futuro suegro exigió que la pareja viviese en “Goikoa”, sin la niña de él, puesto que no tenía intención alguna de mantener a la hija de otra mujer. Esta condición tuvo como resultado un enfrentamiento muy fuerte entre los consuegros, aunque, según se habló en el barrio, la cosa venía de atrás, de cuando ambos eran jóvenes y Faustino había intentado cortejar a Angelita con el pensamiento puesto en la unión de las tierras de ambos, las de arriba y las de abajo, siendo rechazado por ella.

Dos años después del funeral de la primera mujer, Valentín matrimonió con Feliciano y pasó a vivir a “Goikoa”. Julia y su abuela no asistieron a la ceremonia ni al posterior banquete y fueron las únicas habitantes del barrio de Araotz ausentes en el evento. Angelita oyó el repique de campanas mientras ordeñaba la vaca e invocó el favor San Antón, su santo preferido, para que se llevara a su vecino de este mundo cuanto antes. Una vez desaparecido, la niña y ella podrían vivir con Valentín y serían una familia de nuevo, pero los años transcurrieron y no ocurrió el milagro. El dueño del caserío de arriba gozaba de buena salud, era parco en el comer y en el beber y estaba en la cama a las diez en punto; no tenía intención de morirse por muchas rogativas que su vecina y consuegra hiciese o por muchas velas que pusiese al patrono de los animales y de los carniceros. Él era cada vez más rico y ella más pobre, eso se notaba con tan sólo echar una ojeada a sus respectivas casas: la una encalada y lucida, la otra, cayéndose a pedazos. Para que nadie pudiese decir nada, ni acusarlo de haberle robado el sustento a la hija del primer matrimonio, pasaba a su yerno una mensualidad para mantenerla

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

con cierta dignidad, dejando bien claro, eso sí, que sólo debía emplearse en ropa y comida. Un día se presentó en “Bekoa” para comprobar que así se hacía y Angelita le echó el perro, un mastín grande como un caballo y con muy malas pulgas hacia todo aquél que molestase a su dueña. El animal se limitó a ponerle las patas encima, tirándolo al suelo embarrado y avisándole con un gruñido de que la cosa podría ir a peores si no se largaba de allí inmediatamente. Faustino juró vengarse y no volvió a pasar la mensualidad.

—Aquí tienes todo lo que necesitas y si precisas ropas o lo que sea, Feliciano se encargará —anunció a su yerno.

¿Por qué razón aguantaba Valentín Iturralde tal situación? Era la pregunta que todo el mundo se hacía en el barrio. El hombre no tenía carácter, eso estaba claro, pero de ahí a ser un calzonazos medía un trecho. Ningún hombre en sus cabales aceptaría trato semejante, ni viviría haciendo el trabajo de un simple peón en casa ajena teniendo la propia, ni abandonaría a la hija y a la madre. Pero él, que nunca había sido demasiado expresivo, callaba y acudía a misa cuatro pasos por detrás del suegro y de su mujer, se colocaba en un rincón y buscaba con la mirada a la niña que crecía sin él a su lado. De vez en cuando, sus ojos y los de su madre se encontraban, pero no se reconocían. Angelita había envejecido y tenía la espalda encorvada. Él había bajado a “Bekoa” a echarle una mano en los primeros meses después de su matrimonio, luego dejó de hacerlo y se limitó a pasar a comienzos de mes para entregarle la asignación, aunque las visitas cesaron cuando ya no hubo mensualidad que entregar. Su madre no le perdonaba que las hubiese abandonado, y tampoco que no le hubiese llevado a los mellizos, un niño y

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

una niña, nacidos once meses después de su unión con Felicitiana. Tenía dos nietos más y no los conocía. Decidió que tampoco tenía hijo y dejó de sentir aquella pena profunda que le oprimía el pecho cada vez que pensaba en él.

Un buen día, Valentín desapareció. Al principio, su mujer y su suegro creyeron que había ido al barrio de Zañartu, a por el ternero que Faustino había comprado para semental y no se preocuparon, pero anocheció y no apareció.

—Se le habrá hecho tarde y se habrá quedado a dormir allí.

—Sabe usted, padre, que nunca haría algo así. Aunque se haga de noche, él siempre vuelve —insistió ella.

—No le des más vueltas, que ya llegará mañana.

Pero no llegó, ni tampoco al día siguiente. Alarmado, y también por no aguantar los sollozos de su hija, quien ya se imaginaba a su marido muerto en cualquier parte, Faustino enjaezó la mula y se dirigió a Zañartu, pero nadie había visto por allí a Valentín desde que fue a comprar la vaca rubia, iba ya para seis meses. La preocupación del suegro se hizo patente y pasaron por su cabeza las ideas más peregrinas. La primera, por supuesto, que el inútil de su yerno se había largado con el dinero del semental y se lo estaba gastando en una casa de mujeres de mala reputación, después reflexionó: el marido de su hija no sería capaz ni de eso. Bajó también a la Villa y, tras preguntar en las tabernas, y también en el hospital, acudió al Consistorio a dar parte de su desaparición. De regreso, se le ocurrió asimismo que podía haber sido asaltado en el camino, robado y muerto, e hizo todo el trayecto examinando con mucha atención cada arbusto, vaguada y zanja, incluso escudriñó parte del río, pero no había

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

rastros de él. El revuelo en Araotz fue enorme y los vecinos, en especial vecinas, acudieron a “Goikoa” para interesarse por el asunto. Feliciano los recibió vestida de negro y con un pañuelo en la mano que no dejaba de llevarse a los ojos. Por una vez, era ella la protagonista.

Tímida y más bien fea, nunca se había desenvuelto bien en compañía de otras personas y apenas salía de casa si no era para ir a la iglesia, siempre en compañía del padre, y a la partida de brisca de los viernes. A pesar de lo que éste y los demás vecinos pudieran pensar, la llegada de Valentín a su vida había sido como un milagro para ella. De la noche a la mañana había dejado de ser “chica vieja”, eufemismo dirigido a las solteras que traspasaban el umbral de la juventud sin haber perdido la virginidad, y había sido madre por partida doble, una proeza sin parangón en el barrio. No podía pedir más. Ciertamente su marido nunca le había dicho que la quería y que incluso, a veces, en la cama, le daba la impresión de que él pensaba en la otra, en la Benita, pero no le importaba; la otra estaba muerta y era ella quien dormía con él. No pensaba en la niña que crecía en el caserío de abajo, sin el cariño de su padre y en medio de la penuria; para ella era como si no existiese. Tampoco le dedicaba medio pensamiento a la bruja de su suegra; antes o después se iría al otro mundo, sus tierras serían de Valentín y ya se encargaría ella de que testara a favor del hijo varón de ambos. El paradero ignorado del marido trastocaba los planes, pero estaba convencida de que Dios estaba de su parte y pondría a cada uno en el lugar que le correspondía.

Cinco años después de la desaparición de su hijo, Angelita tropezó con una azada olvidada en el suelo, semiculta

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

por la hierba, cuyo mango le dio de lleno en la sien y la mató en el acto. Julia la encontró al anochecer, al ir a buscarla preocupada por su tardanza. Asustada al comprobar que la abuela no se movía a pesar de sus gritos y zarandeos, la niña corrió a “Goikoa” en busca de ayuda. Faustino y Feliciano bajaron la cuesta a toda prisa, pues la enemistad entre vecinos quedaba aparcada en los momentos difíciles hasta haber solucionado el problema, aunque después cada cual regresara a su hogar y no volvieran a dirigirse la palabra. Además, en este caso existía una relación familiar, si bien, recordó una vecina al comentar el luctuoso suceso, a la difunta le gustaba decir que era una “relación lejana” cuando alguien se interesaba por la misma.

Escondida tras la puerta del establo, Julia observó la llegada de otros vecinos y los vio introducir el cuerpo de su abuela en la casa; también vio llegar al párroco y escuchó las conversaciones y los rezos durante la *gaubela*, el velatorio. A través de las ventanas de la planta baja, distinguía las sombras que se movían iluminadas por la tenue luz de las velas, al igual que los espectros acerca de quienes su abuela le hablaba a menudo: almas en pena que vagaban sobre la Tierra, solía decir, en busca del camino hacia el Más Allá. Únicamente las personas de buen corazón lo encontraban en el momento de su muerte, aquellas que habían sido honradas y no habían hecho daño a sus semejantes. Las otras, las mentirosas, avariciosas, egoístas, debían quedarse entre los vivos hasta que las oraciones de sus seres queridos consiguieran redimirlas de sus pecados.

—Algunas jamás lo son —añadía— y sus almas permanecen para siempre encerradas en los cuerpos de las lechuzas.

*La Flor de la Argoma* Jotí Martínez de Lezea

editorial erein



Estaba segura de que la abuela había traspasado sin obstáculos el linde entre esta y la otra vida, que no haría falta rezar por ella, dejarle comida y leche en el alfeizar de la ventana para alimentarse mientras anduviese por el mundo de los vivos, ni tampoco encender la luz de los muertos sobre su tumba para indicarle el camino hacia el otro lado, pero no pudo evitar que las lágrimas mojaran su cara. Había sido la única madre que había conocido. ¿Qué sería ahora de ella? ¿Adónde iría? Tras la llegada de los vecinos, nadie la había buscado ni llamado, nadie se acordó de ella. Se sentía como la cría de petirrojo caída del nido la primavera anterior, a la que recogió del suelo y colocó en una caja con hierba recién cortada; intentó que bebiera unas gotas de leche tibia y le dio calor con sus manos, pero el pajarillo murió a pesar de sus esfuerzos. ¿Quién le daría a ella ahora calor?

Feliciana la encontró acurrucada detrás de la puerta del establo a punto de salir hacia la iglesia el cortejo fúnebre, la asió por un brazo, la arrastró hasta la casa y la metió en el dormitorio. Al atravesar la cocina sintió todas las miradas puestas en ella, algunas compasivas, indiferentes la mayoría, pero ella sólo tuvo ojos para la figura que yacía dentro de una simple caja de pino. Angelita parecía dormida, ataviada con su mejor vestido, uno negro, el único de cuerpo entero que poseía y que había comprado en un comercio de la Villa para la primera boda de su hijo, once años atrás. Al salir de la habitación, un rato más tarde, después de que la mujer de su padre le hubiese obligado a ponerse la falda y la blusa de los domingos y le hubiese peinado dos trenzas a base de tirones, el ataúd estaba ya cerrado y no pudo volver a ver el rostro de la abuela, ni darle un último beso.

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

El trayecto a la iglesia y el posterior al camposanto lo hizo escoltada por Faustino y Feliciano, uno a cada lado, muy en su papel de parientes más próximos. Tras el entierro nadie le preguntó su opinión; la llevaron a “Goikoa” y la enviaron a dormir al camarote, sobre un colchón de lana tirado en el suelo, después de darle un plato de puré de verduras para cenar y de anunciarle que la acogían por caridad, pero que tendría que ayudar en las labores de la casa, también con los cerdos y las gallinas, y con lo que se terciase para ganarse el sustento. El dueño del caserío tenía un fuerte vozarrón que se oía con claridad, incluso cuando intentaba hablar bajo, y de esta forma Julia se enteró de los planes de la mujer y del suegro de su padre. Sólo tenía diez años, y muchas de sus palabras se le escapaban, pero estaba claro que no regresaría a “Bekoa”, por el momento al menos. Su padre era ahora el propietario del caserío de abajo y su suegro pensaba unirlo al de él, juntar las tierras por las que había suspirado durante toda la vida. Se durmió llorando mientras escuchaba al alrededor el rápido golpeteo sobre la madera producido por las carrerillas de los ratones.

Al día siguiente Faustino bajó a la Villa, dispuesto a solucionar el dilema que suponía la ausencia de Valentín. El abogado don Antonio Zabala escuchó sin interrumpir lo que el hombre tenía que decir: el yerno había desaparecido cinco años atrás; se le había buscado por todas partes, y ni rastro; había dejado mujer y dos hijos; su madre acababa de fallecer y era preciso hacer algo con la propiedad; no existía testamento y lo natural era que ésta se pusiese a nombre de la esposa o, en todo caso, de su nieto Juan Manuel, el único heredero varón del desaparecido y, por ende, de él mismo.

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

—¿Y la hija? —preguntó el letrado.

—Mi nieta Carmen tendrá una buena dote.

—Habló de la pequeña Julia Iturralde.

—¿Qué pasa con ella?

—Tengo entendido que es hija de un primer matrimonio de su yerno...

Faustino se lo quedó mirando sorprendido.

—Donde hay varón, no cuenta la hembra —afirmó con rotundidad—. Además, Feliciano y yo nos hemos hecho cargo de ella y nos ocuparemos de que nada le falte.

—No lo dudo, no lo dudo... pero las cosas no son tan sencillas. De hecho, sí que hay un testamento.

—¿De quién?

—De su yerno, de Valentín. Hace cinco años vino a verme y yo mismo lo redacté y lo firmé.

El abogado buscó entre varias carpetas apiladas sobre una mesa y extrajo una de ellas, la abrió con parsimonia y leyó la primera hoja. Valentín Iturralde, en plenas facultades mentales y físicas dejaba como única heredera del caserío “Be-koa” del barrio de Araotz, en Oñati, y de las huertas que le pertenecían, a su hija Julia, habida de su matrimonio con Benita Ibáñez. Hasta la mayoría de edad de la misma o hasta que matrimoniase, nombraba tutor y velador de los bienes a don Antonio Zabala, letrado afincado en la Villa de Oñati, con potestad para decidir ante la Ley todo aquello que fuera preciso para el bienestar y futuro de su hija.

Faustino se había quedado literalmente con la boca abierta, no entendía nada. Se levantó del asiento y casi arrancó el documento de las manos del abogado. No leía bien el castellano y tampoco estaba familiarizado con la escritura

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

legal, repleta de palabras extrañas a su vocabulario, pero no le costó encontrar el párrafo leído por Zabala y, sobre todo, reconoció la titubeante firma de su yerno al final de la hoja, al lado de otras. A punto estuvo de romper el folio en dos. Todo aquello no era sino una trampa maquinada por la malnacida de su consuegra, Satanás se la hubiese llevado al infierno. Seguro que había sido ella ya que Valentín no tenía cerebro para urdir una traición semejante. De todos modos, iría adonde tuviese que ir para rehacer el entuerto, “Bekoa” era de Juan Manuel y, por sus muertos, no permitiría que nadie despojase a su nieto de su herencia.

Zabala lo observaba sin inmutarse. Todavía recordaba, aunque algo desdibujado, el semblante del hombre apocado que se presentó en su despacho y que, con voz reposada, le explicó su insostenible situación y su intención de irse a las Américas, no para hacer fortuna como otros, sino simplemente para huir de una vida miserable que lo estaba matando un poco más cada día. Le habló de la niña que crecía sin la protección de su padre y también de la madre, a quien tanto había decepcionado y que disfrutaba de buena salud a pesar de la edad, pero que, al igual que el resto de los seres humanos, algún día tendría que abandonar este mundo. Quería dejar todo dispuesto para que la casa y las tierras de sus mayores fueran a parar a Julia una vez que su abuela ya no estuviera allí para velar por ella, pues conocía las intenciones de su segundo suegro, un hombre avaricioso que, a buen seguro, intentaría arrebatarle su patrimonio legítimo.

—¡Reclamaré! —exclamó Faustino, rojo de cólera, al tiempo que tiraba el documento sobre la mesa— ¡Apelaré a quien haga falta! ¡Esto no quedará así!

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein

—No, no quedará así —repuso el abogado con calma.

Ese mismo día, y acompañado por el alguacil de Oñati, se presentó en “Goikoa” y se llevó a la niña alegando su tutoría sobre ella. No prestó atención a las imprecaciones del casero, ni a las quejas y lagrimeos de su hija, los ojos fijos en la niña que lo miraba sin decir palabra y que asió su mano sin vacilar cuando él le tendió la suya para ayudarla a subir a la grupa del caballo. Al preguntarle si quería pasar por su casa a recoger algo, un juguete, un recuerdo... respondió que no, que no tenía ninguno, pero rogó al caballero que se detuviese en el camino para recoger un ramita de la *otalore*, la flor de la argoma. La abuela decía que las flores doradas de la argoma ayudaban al amor y protegían a las almas solitarias. Después, no volvió a hablar durante el resto del trayecto. A partir de entonces, Julia se convirtió en la hija que no había tenido, alegró su vida como jamás imaginó que alguien pudiese hacerlo y las risas volvieron a escucharse en la vetusta mansión, silenciosa y triste desde la muerte de su querida esposa.

*La Flor de la Argoma Joti Martínez de Lezea*

editorial erein